

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO  
CONCERTADO

FRANQUEO  
CONCERTADO

Precio de suscripción  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 1.º  
GIJÓN

## JUICIO... DIVINO

La inagotable virtud, diligente y humilde del noble paje Gilberto le había conquistado la confianza y la predilección de su dueña, la santa reina Isabel, y la envidia, el recelo y el odio de su compañero Crispo, aquel otro paje de mirada torcida y alma tenebrosa. La simpatía de la reina se traducía en confidencias piadosas, en misiones de caridad, en una santa colaboración para el bien.

—Ha venido a buscarme hoy una pobre mujer que me cuenta una historia tristísima; tiene a su marido paralítico y una hija tísica; lleva muchos días buscando inútilmente un trabajo que sin salir de su casa ni abandonar a sus pobres enfermos le proporcione algunos recursos, de que carece en absoluto.

—¡Toma, llévale esto por ahora; ya le buscaremos trabajo y... silencio... ya sabes...

—Oye, Gilberto, era preciso que llevaras este paquetito de ropa y estas monedas a Garza, ¿te acuerdas?; la ciegucecita que encontramos ayer en el paseo; pero... sin que sospeche que te envío yo. ¿Tú sabes donde vive?

—Sí, señora.

—Pues anda.

Y Gilberto besaba las dádivas y partía ligero a cumplir con escrupulosa exactitud las órdenes de su ama.

Los divorciados y malignos ojos de Crispo espían recatadamente los frecuentes apartes del paje y la reina, y sus ávidas miradas se clavaban con celosa rabia en los esplendidos dones que él imaginaba obsequios de la soberana a su favorito; en su alma de cieno edificó la envidia, con cimientos de vagas y disparatadas apariencias y materiales de injuriosas suposiciones. una asquerosa calumnia, y pronto el perverso veneno de su sospecha, convertido en mentirosa certidumbre, fluyó de sus labios en misteriosas palabras, deslizadas junto al oído del monarca, que, encolerizado primero, dudoso después, y convencido, al fin, por los insidiosos razonamientos y falsas pruebas del calumniador, decidió castigar al inocente Gilberto con

un cruel suplicio proporcionado a su imaginaria culpa.

La tarde de aquel día, en que la acusación hábilmente sembrada en su alma por el envidioso paje había germinado en un infierno de dolores horribles, de celos frenéticos y de sangüinarios planes de venganza, paseaba el rey por las afueras de la capital sólo y sepultado en el alborotado caos de sus tétricos pensamientos, cuando acertó a pasar junto a una calera, cuyas intensas llamas, altas, crepitantes y tembladoras, ponían una nota trágica en el apacible ambiente que acariciaba a la pintoresca campiña.

—Así está mi alma, pensó el rey, contemplando la inquieta fogata que en el interior del inmenso horno de primitiva forma parecía acometerse a sí misma y desgarrarse, y reconstruirse de nuevo, para tornar a embestir con creciente brío en desesperada lucha inacabable, como aquellos sentimientos exaltados y furiosos que torturaban su corazón. Una idea feroz chisporroteó en su cerebro alocado, y sin vacilar, empezó a ponerla en práctica con nervioso apresuramiento.

Preguntó por el amo de la calera; le llamó aparte, se le dió a conocer y le ordenó con tono autoritario que no admitía réplica:

—¡Necesito castigar a un criminal, cuyo delito me interesa que no se publique, por lo que he decidido que muera abrasado en tu calera. Mañana temprano vendrá aquí un paje de palacio con... un encargo cualquiera, no importa lo que sea, un mensaje de parte mía; tu contestación ha de ser amordazarle en seguida y sepultarle en el fuego hasta que se convierta en cenizas!

En las pupilas del desgraciado rey fulguró un resplandor siniestro que hizo al calero palidecer de pánico y prometer solemnemente, aunque con acento tembloroso, cumplir el terrible mandato y guardar el secreto exigido.

En la mañanita templada, risueña y radiante como una bendición del cielo, como una caricia de la Divinidad al paje Gilberto, caminaba

confiado y alegre hacia la calera, nuevo Urias, portador inconsciente de su sentencia; no había reparado en la expresión extraña del rostro del monarca ni en lo trémulo de su voz al repetirle las palabras del enigmático mensaje: «¡El rey me encarga os diga que se cumpla su orden!»

La tibia brisa primaveral, perfumada por las flores de los jardines próximos, envolvía al fiel paje en un ambiente delicioso, y su alma, limpia y libre de todo peso, se remontaba ágilmente a una bella región de rosadas ilusiones, esponjándose en la ventura de vivir, en las halagüeñas promesas de un porvenir riente, como si la vida quisiera despedirse de él con la más amable de sus sonrisas.

La voz sonora y acompasada de una campana hirió de pronto los oídos del paje; era el último toque de una Misa, y el piadoso Gilberto se detuvo titubeando, entre el místico llamamiento, al que solía acudir cotidianamente, y el deseo de cumplir cuanto antes el mandato real.

La calera estaba lejos, y perder la anunciada Misa significaba no poder oír la aquél día; en cambio, asistiendo a ella podía ir luego a cumplir su cometido, sin faltar a la obediencia en nada, pues su señor no le había dicho que fuera urgente el encargo, por lo que, retrocedió los pasos que le separaban de la iglesia y entró en ella devotamente. Sentía un extraordinario fervor, y como antes de finalizar el Santo Sacrificio había empezado otro en el altar de la Virgen de los Dolores, de la que era muy devoto, y enlazando con éste otro en el Sagrario y otro en el Altar mayor, oyó hasta cinco, y al fin, arrancándose al divino encanto que le retenía, partió presuroso a cumplir el mandato de su amo terrenal.

Este, entretanto, paseaba con febril ansiedad... esperando... no sabía qué, pues había olvidado decir al calero que le avisara después de cumplir su orden. Los instantes batidos rápida e incesantemente por su furiosa impaciencia tomaban en su imaginación proporciones de siglos. Su corazón, tan ferozmente combatido por contradictorias pasiones durante la recién pasada noche, amenazaba estallar en la inacción de la insufrible espera. Al fin se decidió a llamar a Crispo, a la sazón

su paje predilecto, para mandarle a la calera con aquella pregunta que hervía en su cerebro y palpitaba en su corazón:

—«El rey me envía a preguntaros que si se ha cumplido su orden».

Y la envidia del calumniador, que poseía el secreto del rey, puso alas en sus pies y le llevó en media hora junto a la calera:

—El rey me envía a preguntaros que si... No acabó de formular la frase; tres jayanes, robustos y feroces, cubrieron su boca, aprisionaron su talle y le arrojaron a las voraces llamas de deslumbradora blancura.

Cuando pocos momentos después llegó Gilberto con el mandato real, el calero le contestó cortésmente:

—Decid al rey que su orden está ya cumplida...

EL BARON DE CASAPORTIERRA

## UN AÑO MAS

*... como se pasa la vida  
como se viene la muerte  
tan callando..."*

Un año menos para llegar al fin de nuestra joreada. Atrás hemos dejado 365 días de nuestra existencia. En nuestro derredor han ocurrido acontecimientos alegres y tristes, interesantes o indiferentes. Unos ya no están con nosotros. Era para ellos el último año que Dios les había concedido de vida. ¿Lo sabían ellos acaso?

¿Sabemos nosotros, acaso también, si entre los millones de hombres que la justicia de Dios llamará éste año de 1945 ante su Tribunal, no estaremos incluidos? Pudiera ser, puesto que la salud no nos dice nada de la proximidad o lejanía de esta fecha fatalmente señalada.

Cuántas preocupaciones obsesionan nuestra mente. Para nosotros la vida es algo que parece ha de ser eternamente y como tal actuamos. Nuestra naturaleza sabiamente organizada, se desenvuelve como si hubiéramos de vivir eternamente, Y el viejo lo mismo que el enfermo grave, traza sus planes para un futuro... que no llegará para él.

Excesivo interés ponemos en cosas insignificantes. Entusiasmo extraordinario nos invade en quiméricas utopías fracasadas anteriormente cuando nuestros antepasados quisieron hacerlas realidad. Y sentimos emoción excesiva y hasta llegamos a enfermar del corazón ante los momentos futbolísticos de un partido de campeonato. Y sin embargo... nos acordamos muy poco de que los años pasan y que no es un año más sino un año menos que nos falta para el fin de una jornada que no sabemos donde acabará.

Meditemos al comenzar este nuevo año los acontecimientos que podrán ocurrir en nuestro derredor y de los cuales podemos ser nosotros los protagonistas. Buenos y malos ocurrirán

hechos que serán decisivos para muchos.

¿Lo serán para nosotros?

¿Cual es el estado de la conciencia ante este problema cuya importancia es muy superior a cualquier otro que la vida pueda plantearnos?

La indiferencia, la incredulidad, la creencia a medias o a la medida de nuestros gustos y deseos, nada tiene que ver con la realidad de lo que es y de lo que existe más allá del término de la vida, pues nuestra voluntad nada puede influir sobre la verdad.

Si el indiferente se equivoca, y el incrédulo se burla de tan decisivo problema y llega al final de la jornada, que puede estar próxima o lejana, con la sonrisa sarcástica del escéptico, ¿habrá de servirle después su despreocupación y su incredulidad?

Cualquier otro asunto de nuestra vida puede rectificarse o suavizarse con el tiempo sus consecuencias, pero éste otro asunto de lo que nos espera después de la muerte, ¿podremos rectificarlo después?

Hagámonos cuenta de que es este mismo año que empieza el último de nuestro peregrinar por la vida y tal vez no nos engañaremos.

X.

## CHARLA

—¿Doctor, Vd. cree que la cosa no es grave, verdad?

—Nada puedo decir, por ahora. Luego tendré un cambio de opinión con mis compañeros y entonces les podré decir a Vds. la situación del enfermo.

—El pobre no se imagina que está enfermo de algún cuidado y da mucha pena pensar que podrá darse cuenta...

—Luego les informaré a Vds. Es cuestión de un rato nada más. ¿Con quien podría hablar de su situación?

—Con nosotras mismas. Preferimos saber la verdad.

—Pues un momento nada más y después de la junta de médicos se les informará debidamente.

—Doctor...

—La verdad es triste, señoras, es cuestión de horas, no de días, pues aunque su estado físico es bueno, no es posible que resista muchas horas la nueva complicación.

—Pero que es lo que dice. Esto no es posible.

—Esa es la verdad. Nosotros ya nada podemos hacer. Humanamente es imposible salvarlo. La naturaleza humana ya no puede reaccionar y no tardará muchas horas en presentarse una nueva hemorragia que la nueva situación del enfermo no podrá soportar.

—Imposible, imposible... No puede morir. Sería un golpe muy duro para todos. Un trastorno grandísimo. Un desastre.

—Nada hay ya que hacer, Como médico de la naturaleza humana he terminado, pero hay algo, que me obliga aún y que debo de hacer todo lo posible por salvar y es el alma.

—Por Dios, que va Vd. ha hacer. No intente insinuarle nada sería peligrosísimo para él. No está acostumbrado a las prácticas religiosas y si se le dijese algo se daría cuenta y entonces...

—Pues es necesario. Vds. pueden indicárselo, porque sus pocas horas de vida aún le permiten ponerse en condiciones de salvar su alma ya que nada puede hacerse por salvar el cuerpo.

—No, no. Se moriría.

—Se morirá igual y como médico católico no puedo dejar a este hombre morir sin reconciliarse con el Dios ante quien ha de comparecer dentro de poco.

—Su misión ha terminado, dijo Vd. y no debe intervenir en asuntos que no le corresponden.

—Vds. dispensen, pero mi misión no es sólo preocuparme de curar los cuerpos, sino que siendo el médico quien se ha de dar cuenta del fracaso de la ciencia en casos desesperados, es a él a quien corresponde indicar a la familia la conveniencia de disponer al enfermo para el arreglo de sus cuentas para con Dios.

—Pero es que eso podría acarrearle un gran disgusto que le amargarían mucho más los últimos momentos de su vida.

—Pero de no hacerlo las consecuencias son peores y yo que soy médico puedo asegurarles que los auxilios de la religión en el enfermo han producido, en todos los casos, un mayor bienestar a su espíritu que se traduce en una mayor conformidad, una mejor resignación y en una calma en sus últimos momentos ocasionada por la tranquilidad de su conciencia.

—Entonces... Vd. cree que sería conveniente.

—No cabe duda. Si Vds. no se encuentran con ánimos, busquen un amigo, un sacerdote de su amistad, o si Vds. quieren yo mismo me encargaría con muchísimo gusto de plantearle el problema de la mejor manera posible.

—Bien. Si Vd. quiere, por nuestra parte no hay inconveniente. Procure que no le produzca mucha emoción la noticia que no espera.

—Mi práctica en estos casos me ayudará para convencerle de que su enfermedad requiere la ayuda de Dios para salir adelante y tranquilizar su espíritu, tal vez, inquieto por las luchas de la vida.

—Que Dios le ayude y tenga mucho éxito.

—Me encuentro muy aliviado, dice el enfermo, no sé si curaré o no pero lo que sí puedo decir, es que una tranquilidad de espíritu me hace aceptar resignadamente lo que Dios haya querido destinarme en estos momentos: o sanar o llevarme para sí.

—Yo cómo médico que me he preocu-

pado de su cuerpo me ha parecido una obligación hablarle claramente de su situación y animarle para arreglar su su alma y como Vd. ve ha influido bastante sobre su enfermedad.

—Y yo se lo agradezco. Puesto que sin Vd. tal vez, por no disgustarme, me ocultarían la verdadera situación de mi enfermedad.

—Si como médico tengo una obligación, como católico también tengo otra y no quiero en ningún momento dejar de preocuparme de la salud de mis clientes y amigos, no solo de su cuerpo sino del alma, cuando la ciencia nada tiene que hacer, dejando en manos de Dios el milagro... o lo que El quiera.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Del Oriente avanza hacia Jerusalén una comitiva real. La riqueza de sus camellos y el lujo de sus vestidos va despertando a su paso la admiración de todos. ¿De donde vienen rodeados de tanta magnificencia y esplendor? ¿A donde se dirigen con tanto interés a través de los desiertos?

Han visto una estrella en el cielo de la Palestina y sus profundos conocimientos astronómicos y la lectura de los libros Santos del pueblo judío les ha revelado el significado de tan extraordinario acontecimiento: el Rey de los judíos acababa de aparecer entre los hombres.

¿Donde está el Rey de los judíos, porque hemos visto su estrella y venimos a adorarle?

Peligrosa pregunta la de los Magos y mucho más, dicha en medio de tantas ambiciones, egoísmos, odios, rencores.

Herodes escuchó a los Magos y sintió sobre sí la preocupación de un próximo acontecimiento importante que podría nublar su tiránico poder.

Y los Reyes venidos de Oriente, nuevamente guiados por la estrella llegan a la pequeña aldea, se acercan a la humilde cuna del Rey de los judíos y le rinden acatamiento y sumisión. Todo su poder se inclina reverente ante la humildad representada por el pequeño niño que era Dios mismo hecho hombre por un extraordinario milagro del amor.

Los poderosos de la tierra no se sintieron humillados al postrarse ante la pobreza del Soberano del Universo.

Han pasado siglos y la lección que los Magos de Oriente dieron al mundo, rindiendo su grandeza a los pies del Dios niño no ha sido aprovechada. Los pueblos han endiosado a los individuos unas veces y a las ideas otras y siempre esos individuos y esas ideas creyeronse sobrenaturales.

En su soberbia no vieron que un puñado de barro fué la primera materia con que ese Dios que ha nacido de entre nosotros construyó nuestra naturaleza y que toda idea endiosada por la inteligencia humana no es más que Torre de Babel cimentada sobre bases inestables o falsas.

Lo mismo el hombre que se cree un Dios que las ideas o doctrinas que pretenden endiosarse, si no están unos y otras asentadas sobre los principios de la Ley de Dios y reconocen la supremacía del Altísimo como dueño y señor, principio y fin, creador y Dios al mismo tiempo, no podrán ser perdurables, ni justas, ni eficaces para la educación social de los pueblos, pues degenerarán en tiranías despóticas para mantener por la fuerza lo que son incapaces de sostener con los principios de la verdad.

Algunos de los hombres que dirigen la vida política de los pueblos, se han revelado contra el mismo Dios que los ha creado y en su soberbia se han creído dioses y han sometido a sus pueblos y a casi al mundo entero a sus ambiciones políticas o sociales, sirviéndose del hombre como mero instrumento para el logro de sus fines. El hombre ha llegado en estos países a no ser nada, solo un número en el grupo de sus súbditos anónimos. El Estado, el Poder o el Partido lo es todo y a él han de sacrificar los más sagrados derechos del hombre.

Triste esclavitud la de estos pueblos cuyos gobernantes han querido sustituir al Dios de la justicia y de la misericordia, para erigirse ellos en árbitros más o menos justos de la vida humana, despreciando completamente la vida de sus semejantes y

castigando con la mayor crueldad delitos de sagrada rebeldía.

Que no olviden estos dirigentes políticos de los pueblos que un día y no lejano rendirán cuenta de todos sus actos ante un Tribunal cuya justicia no estará influenciada por partidismos ni simpatías y la grandeza del Dios que los sacó de la nada será su mayor humillación.

Polvo fueron y en polvo se han de convertir.

Pensaban los Magos volver de nuevo a Jerusalén para informar a Herodes del hallazgo del Rey de los judíos, pero en sueños fueron advertidos de la mala fe del tirano que pretendiendo fingirse también adorar al nacido en Belén, pretendía por el contrario averiguar el sitio del nacimiento para asesinarle.

La maldad acechaba al Sumo Bien. El hombre no quiso ver el acto grandioso con que Dios quiso honrarle. Esta persecución no habría de acabar hasta pasados treinta y tres años con la muerte del Justo por los pecadores. Cruel injusticia que habría de repetirse muchas veces en el transcurso de los siglos en la eterna lucha del bien y del mal.

Los Magos volvieron a su tierra por otro camino sin pasar por Jerusalén.

R.

## BELEN SONETO

Al pié de envejecido caserón,  
fondoncho de aldeanos pobre y ruín,  
lleno por un gentío que sin fin  
acudió en cumplimiento de un Pregón.

Un establo vetusto. En un rincón,  
ocupando el pesebre de un rocín,  
un niño hermoso como un serafín  
duerme porque es de humana condición.

Y sus padres trabajan. ¡Mas qué hablo!  
porque si voy de la evidencia en pos,  
ninguno de los dos es de este suelo.

Ni el niño es niño, ni el establo establo,  
porque en la realidad el niño es Dios,  
y siendo Dios, aquél establo es Cielo.

Herminegildo RODRIGUEZ

Gijón, enero 1945

## El último beso de una madre

Iba a morir y se inclinaba sobre la cuna donde dormía su hijo.

Demasiado sabía que aquella noche era la última de su existencia; la enfermedad que ha tiempo minaba su cuerpo iba a descargar el último golpe, y el socavado muro se derrumbaría.

Y la moribunda madre, contemplando al niño plácidamente dormido, pensaba:

¿Se acordará de mí? ¿se acordará de mí?—repetía la desdichada, sintiendo, más que la muerte cierta, el olvido probable.

Alzó la cabeza y vió al otro lado de la cuna un tenue resplandor; después unas alas que se plegaban, después unos ojos luminosos clavados en los suyos.

Y oyó una voz que decía:

—Soy el ángel que por mandato del Señor guío a las madres que se mueren camino del cielo. Vengo en tu busca. ¿Estás pronta?

—Déjame que le contemple unos instantes más—respondió la madre—; mira qué hermoso es y cómo ríe.

—El ángel inclinó la cabeza y murmuró: ¡Es hermoso para que la madre en la muerte goce de tal dulzura!

—¡Hijo mío!--exclamó la desdichada—, ¿que hallarás sin mí en la vida? ¿La felicidad? ¿la desgracia?

—Tú puedes concederle la una o la otra—respondió el ángel—; el Señor te lo permite.

—¡La dicha!--gritó la madre.

—Mujer—respondió el ángel, bajando tristemente la cabeza—: si tu hijo alcanza en la vida la felicidad que sueñas, halagado por los placeres, deslumbrado por las glorias, lleno su corazón de cariños y venturas, se olvidará de tí. Tu nombre no temblará en sus labios, ni tu recuerdo llenará de lágrimas sus ojos.

—¡Ay!--dijo entonces la madre, sintiendo por primera vez la muerte...

—Pero si tu hijo es desgraciado, a cada nueva pena surgirá más viva tu imagen en su espíritu. Te confiará, como si aun vivieses, todos sus dolores; te contará, en las noches de insomnio, todas sus amarguras. No, no habrás muerto para él; porque con los ojos llenos de lágrimas, te verá siempre y en todas partes, mientras murmuren sus labios: "Madre mía, madre mía".

Dijo el ángel con un silencio augusto, durante el cual se apagó la sonrisa del niño.

Después la madre se fué inclinando sobre la cuna, y posó al fin los moribundos labios en la frente de su hijo.

Fué el beso de una tierna despedida. Alzó de nuevo la cabeza y dijo con voz firme, clara y vibrante:

¡Que seas dichoso!  
Y mientras, como anuncio de su final destino, una alegre sonrisa plegaba los labios del niño dormido; la madre y el ángel se alejaban sollozando camino del cielo.

Comentando

## La Originalidad

Los buenos escritores *nos distinguimos* de los demás en eso: en que somos buenos escritores. Si todos fuésemos medianos o malos, no nos distinguiríamos en nada. Esto lo dijo Pero Grullo y acerto como siempre. Don Pero Grullo debía tener una estatua en cada población con un letrero bien grande que dijese: «Aquí estoy porque he venido».

Nos pasa una cosa a los *buenos escritores* y es que tenemos más obligación que los otros de ser originales. Y esto que a simple vista parece de tan fácil realización, es sumamente difícil. La originalidad literaria, no puede ser excéntrica ni ridícula para tener valor artístico. Estas dos cualidades apuntadas están muy en boga en la literatura actual; por eso no prevalecerán ni los autores ni las obras. Gracias a Dios, que nunca ahoga al apretar, hay excepciones. La originalidad tiene que ser sensata. Con esto ya está dicho todo, incluso el por qué es tan difícil ser originales.

He escrito varias cuartillas sobre diversos asuntos que francamente creí originales, y me he tropezado con que otros escritores se me habían adelantado. ¡Cuidado, señores literatos! Que copien ustedes lo que ya se ha escrito es un plagio vergonzoso; pero que copien lo que no se ha escrito todavía, no tiene nombre y es una indignidad. Y lo más curioso del caso es que uno de los escritores que se me había adelantado copiando lo que todavía yo no había escrito, fuí yo mismo. Esto es del género tonto. Será; no lo niego, pero es cierto.

Pensaba en un asunto original: las bicicletas. ¿Quién ha hablado hasta ahora de las bicicletas? Nadie. Estaba contentísimo, pues realizaba mi labor con un estudio perfecto de ellas. Hasta decía que tenían dos ruedas, según las más autorizadas opiniones de los entendidos, y una chica sentada en el sillín. antes de salir por las orejas. En fin, que las estudiaba a conciencia y que las ponía buenas. A la chica y a la bicicleta. Les ponía como ejemplo de decoro y distinción a un tranvía.

Maravillado; de mi trabajo, pensaba festejar por adelantado mi triunfo con mis amigos de tertulia, cuando de una carpeta de papeles que ordenaba, me llama la atención uno que leo con avidez y que resulta ser un artículo sobre las bicicletas, las ciclistas y los tranvías. El papel serio lo representaba un tranvía y la bicicleta y la niña... Vale más callar.

Estuve decidido a llevarme a los tribunales. Aquello era inaudito. Que me copie otro, pase; pero que me copiase yo, no lo consentía. Menos mal que me halagaba el que los dos coincidíamos en nuestras apreciaciones, que si no...

Esto me sirvió de lección. Ahora, cuando escribo algo, después de leer todos mis escritos, y antes de escribir el nuevo, leo todos los periódicos del mundo por si acaso. No quiero que me pueda decir nadie que he copiado. Ante todo, la originalidad. Hay que cumplir con las condiciones que se nos exigen para ser buenos escritores.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Solución al Crucigrama núm. 8, por Morán

HORIZONTALES.—1. Perturbar—2 Roma—Ujué. 3. Alí—S—Bis.—4. No—Pia—Li.—5. C—Panza—C.—6. In—Saa—Su.—7. Pus—I—Neo.—8. Coma—Doré.—9. Lavandero.

VERTICALES.—1. Principal.—2. Eolo—Numa.—3. Rma—P—Vos.—4. Ta—Pas—Ca.—5. U—Sinai—N.—6. Re—Aza—De.—7. Sub—A—Oré.—8. Lija—Seor.—9. Rubicundo.

Jeroglífico n.º 11, por Kinito

N - E

nota

S-e Ta

100 10

N

¿En dónde le viste?

**PALACIOS** LIBRERIA  
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. P. Vaticano y  
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

**JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA**

**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la

**CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN**

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pués a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO  
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO